





# Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Christmas Killer*

© 2020, HarperCollinsPublishers

© 2023, de la traducción por P. B. Salem

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-25-5

Código IBIC: FA

DL: 14.895-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital S.L.

Impreso en noviembre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Alex Pine

# El serial killer de la Navidad

Traducción de P. B. Salem



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2023



*A las últimas incorporaciones a la familia:  
Peyton Scott y Luna Raven.  
Os deseo una larga y feliz vida.*





# Prólogo

## Septiembre

Eran las seis de la tarde cuando Annie Walker oyó que el coche de su marido se detenía en el camino de entrada de su casa adosada en Tottenham.

Poco después cerró la puerta principal tras él y la llamó en voz alta para avisar de que estaba en casa.

Ella se quedó donde estaba en el sofá, con el corazón martilleando en su pecho. Se había estado preparando para recibir malas noticias desde que él le había enviado un mensaje para contarle lo que estaba pasando. De eso hacía ya tres horas y la larga espera había retorcido su estómago en un nudo de ansiedad.

Ahora contenía el aliento mientras él abría la puerta y entraba en la sala de estar.

–Hola, cariño –dijo él–. Siento no haber podido escaparme antes.

Annie se sorprendió del mal aspecto que tenía. Sus ojos estaban vidriosos de cansancio y su pelo oscuro estaba grasiento y despeinado.

–Solo cuéntame qué ha pasado –dijo ella.

James cruzó la habitación y se sentó a su lado en el sofá.

–Me temo que son malas noticias, Annie –dijo–. Han soltado al cabrón.

Annie cerró los ojos. Tenía la sensación de que su corazón había dejado de latir. James puso un brazo alrededor de ella y la acercó hacia él. Iba a necesitar mucho más que un abrazo para disipar la persistente sensación de terror que crecía en su interior.

–Esto es una maldita pesadilla –dijo–, creía que ese cabrón iba a estar encerrado al menos diez años.

James sacudió la cabeza.

–Es difícil creer que se ha salido con la suya. El problema es que no hemos sido capaces de refutar lo que dice el otro tipo.

–Entonces, ¿eso es lo que hay? Es libre otra vez y encima puede hacer lo que le dé la gana.

–Así es –dijo James–. Pero tienes que intentar no preocuparte.

–Eso es imposible y lo sabes.

James desvió la mirada de su mujer hacia la botella de vino medio vacía en la mesa de café frente a ella.

–Necesito algo de eso después del día que he tenido –dijo–. Déjame coger un vaso y lo podemos hablar con calma.

–¿Se ha hecho pública la noticia? –le preguntó Annie.

Él asintió mientras se levantaba.

–Por supuesto. Estoy seguro de que todos los medios estarán cubriendo la noticia.

–¿Entonces puedes encender la tele?

Él hizo lo que le pedía y usó el mando a distancia para ir directamente al canal de noticias de la BBC. Estaban hablando de ello en ese mismo momento y las palabras del presentador hicieron que un escalofrío recorriera a Annie:

Andrew Sullivan, de cincuenta y ocho años, ha cumplido trece meses de una sentencia a cadena perpetua por asesinato. Aunque siempre ha negado que hubiera matado a Brendon Fox, propietario de un club nocturno, fue condenado por un jurado a pesar de que el cuerpo del señor Fox todavía no había sido encontrado cuando el caso fue a juicio.

Sin embargo, hace tres días se encontró el cuerpo del señor Fox después de que un hombre que ha confesado el asesinato revelara a la policía la localización del mismo. Como resultado, un juez ha declarado que el señor Sullivan, descrito durante su juicio como la cabeza de una banda de crimen organizado en Londres, debía ser liberado, y a primera hora de la tarde de hoy ha abandonado la prisión de Belmarsh como un hombre libre. Scotland Yard ha confirmado que otro hombre en la cincuentena

ha sido formalmente acusado del asesinato del señor Fox. Su identidad aún no ha sido revelada.

Andrew Sullivan era una de las principales razones por las que Annie había estado tan desesperada por mudarse fuera de Londres. Cuando lo metieron preso fue como si le quitaran un peso enorme de encima.

El presentador pasó a hablar del turbio pasado de Sullivan, cuya fotografía aparecía por encima del hombro del periodista. Tenía la pinta de un villano arquetípico, un individuo calvo y de expresión dura con una cicatriz a lo largo de la mejilla derecha.

James se encontró por primera vez con Sullivan mientras trabajaba en un traslado temporal con la Agencia Nacional contra el Crimen. Pasó varios años intentando combatir las actividades ilícitas de Sullivan, pero nunca había conseguido acabar con él. Durante este proceso, lo convirtió en su enemigo y recibió varias amenazas de muerte como resultado. Entonces, dos años atrás, James se trasladó a Scotland Yard como detective inspector en el departamento de homicidios y fue finalmente asignado al caso de Brendon Fox.

Sullivan se había peleado con Fox después de que le hubiera vetado la entrada en el bar de copas del que era dueño. Cuando una noche a primera hora sus caminos se encontraron en un *pub* de Wood Green, acabaron enzarzados en una pelea después de la cual se oyó a Sullivan amenazar con matar a Fox.

A primera hora de la mañana siguiente, Fox desapareció en circunstancias sospechosas después de dejar su local. Su coche fue abandonado al lado de la carretera con las puertas abiertas.

Poco después, la policía descubrió la grabación de una cámara de tráfico en la que se veía la furgoneta de Sullivan pasando por delante del club media hora antes de que Fox abandonara el local. Arrestaron a Sullivan y encontraron restos de la sangre de Fox en su camisa. Su defensa fue que la sangre había llegado allí durante la pelea en el *pub*. También alegó que cuando la cámara grabó su furgoneta cerca del club iba conduciendo en dirección a su casa tras una noche de fiesta.

Fue James quien acusó a Andrew Sullivan de asesinato, después de convencer a la fiscalía de proceder al arresto a pesar de la ausencia de cadáver. Entonces, para el regocijo de todos los miembros del equipo de James, el jurado rechazó la declaración de inocencia de Sullivan.

Pero cinco días atrás se reabrió el caso y se puso en duda la culpabilidad de Sullivan cuando un delincuente violento prolífico llamado Raymond Lynch confesó haber matado a Fox la noche que desapareció. Declaró que había intentado robar al propietario del club cuando estaba entrando en su coche. Cuando Fox se resistió, lo apuñaló en el pecho. Dijo que por temor a haber dejado restos de sangre o ADN en la víctima, lo metió en su coche y lo condujo al bosque en Kent, donde se deshizo del cadáver.

Lynch no tenía nada que perder confesando un crimen que James pensaba que no había cometido. Al fin y al cabo, ya estaba en la cárcel cumpliendo un mínimo de treinta años por matar a golpes a una adolescente pocas semanas después del asesinato de Fox. Y a la edad de cincuenta y cinco, era poco probable que llegara a ser liberado. Por lo tanto, James y su equipo estaban convencidos de que la familia de Sullivan había persuadido a Lynch para que confesara haber matado a Fox, posiblemente a cambio de protección en prisión.

James regresó de la cocina con un vaso y se sirvió vino tinto después de volver a llenar el de Annie. Se quitó la chaqueta y los zapatos y habló con una voz llena de tensión.

—No deberías alterarte por esto, Annie —dijo—. No creo que Sullivan sea una amenaza seria para nosotros. No querrá arriesgar su libertad recién recuperada.

—Pero no puedes estar seguro de eso —respondió Annie—. Los dos sabemos que es un psicópata y que te odia a muerte. Tú mismo has dicho que probablemente haya matado a unas cuantas personas a lo largo de los años y no quiero convertirme en una de sus víctimas. Pero ya te he dicho muchas veces que la cosa no va solo de él. Aquí ya no me siento segura. Las calles

están llenas de chalados con cuchillos. El tráfico es insoportable y también lo es el ruido. Estoy estresada casi todo el tiempo, lo que podría ser la razón por la que no consigo quedarme embarazada. Y si al final tenemos suerte, no quiero criar a un niño aquí.

James soltó un suspiro. Ya había oído todo esto antes y el asunto había tensado su relación. La madre de Annie había muerto dieciocho meses atrás, dejándole su casa familiar de cuatro dormitorios en Cumbria, y desde entonces Annie había intentado convencer a James para mudarse fuera de Londres.

Por supuesto, se lo había planteado seriamente, incluso hasta el punto de hablar con ella de la posibilidad de unirse a la policía de Cumbria y establecer su base en Kendal, que estaba solo a unos cuarenta kilómetros de la casa en el pueblo de Kirkby Abbey. Pero James disfrutaba trabajando en la Policía Metropolitana de Londres y, con treinta y nueve años, todavía estaba ascendiendo en su carrera. No ayudaba el hecho de que el resto de su familia, con la que tenía buena relación, vivía en el norte de Londres.

Annie no tenía lazos fuertes con la capital. Sus padres estaban muertos y no tenía hermanos; su único pariente era un tío que vivía en Penrith. Y como profesora suplente podía trabajar en cualquier parte, incluida la pequeña escuela primaria de Kirkby Abbey.

En el transcurso de la tarde, James intentó dirigir la conversación en otra dirección, pero Annie no iba a permitirlo. Continuó expresando sus miedos, mientras terminaban otra botella de vino y un par de platos precocinados calentados en el microondas.

Eran las diez de la noche cuando ella finalmente decidió retirarse. Cansada y frustrada, se levantó y anunció que se iba a la cama.

James se puso en pie y empezó a ayudarla a recoger la mesa. Pero no pudieron terminar la tarea porque de repente un objeto grande se estrelló contra el cristal de la ventana del salón.

Annie gritó, mientras ambos recibían una lluvia de fragmentos de cristal.

El objeto, un ladrillo, chocó contra el lateral del televisor antes de caer sobre la alfombra con un ruido sordo.

De forma instintiva, James se puso entre Annie y la ventana rota mientras ambos miraban fijamente hacia su pequeño jardín delantero.

—¿Quién anda ahí? —gritó Annie—. ¿Puedes ver a alguien?

—Está demasiado oscuro —gritó James—. Quédate aquí mientras voy a mirar.

El miedo se apoderó de Annie cuando James salió corriendo de la habitación. Sus ojos se fijaron de inmediato en el ladrillo que estaba en el suelo y vio que había una hoja de papel atada a él con una goma elástica. Sus manos temblaban cuando se agachó para coger la nota y leerla.

*No olvido ni perdono.*

*Esto es solo una muestra de lo que está por venir.*

Unos minutos después, James volvió para decirle que quien fuera que había tirado el ladrillo había desaparecido, lo que no sorprendió a Annie.

Le dio la nota y vio como el pánico se apoderaba de sus facciones mientras la leía.

—Apuesto lo que quieras a que es un mensaje de Sullivan —dijo ella entre sollozos—. Y si eso no te convence de que deberíamos irnos de aquí, entonces ya no sé qué lo hará.

# Capítulo 1

## Viernes, 16 de diciembre

Según la oficina de la Policía Metropolitana, las navidades iban a ser blancas y tempestuosas. Se preveían fuertes ventiscas en buena parte del Reino Unido y se estaba avisando a la gente que vivía en los condados del norte de que se prepararan para lo peor. Era incluso probable que algunas ciudades y pueblos pudieran quedar incomunicados.

La posibilidad de quedar aislado por la nieve llenó a James Walker de terror. No estaba acostumbrado a lidiar con carreteras intransitables y calamidades que paralizaran la vida.

En Londres la vida seguía su curso, por muy malo que fuera el tiempo. Pero ahora vivía en Cumbria y esta sería su primera Navidad lejos de la capital. Estaba bastante seguro de que iba a ser muy diferente.

Annie y él se habían mudado hacía siete semanas y él todavía estaba intentando adaptarse. El ritmo de la vida era mucho más lento y no estaba seguro de si se acostumbraría nunca.

Había pasado menos de un mes desde que empezó su nuevo trabajo como detective en la Policía de Cumbria, cuya central estaba en el municipio de Kendal, y ya estaba aburrido. Echaba de menos el bullicio de la Policía Metropolitana, los grandes casos, el subidón de adrenalina que sentía conduciendo a toda prisa hacia la escena de otro crimen importante.

Aun así, no culpaba a Annie. Quedarse en Londres después de que tiraran el ladrillo a la ventana de su salón era simplemente demasiado arriesgado. Su mujer tenía suerte de no haber resultado herida y esto le había obligado a reconocer que era una amenaza que no podía ignorar. Tenía que pensar en Annie y en

su propia familia: sus padres, su hermano, sus dos hermanas y un montón de sobrinos y sobrinas.

Todavía no sabía con seguridad quién estaba detrás del ataque. No había evidencias forenses en el ladrillo ni en la nota atada a él. Por supuesto, Andrew Sullivan había negado ser el responsable cuando le preguntaron y tenía una coartada sólida. Pero podía habérselo encargado a uno de los miembros de su banda, para vengarse de James por los trece meses que había pasado entre rejas antes de su liberación inesperada.

Desde el escritorio que le había sido asignado, James miró hacia el otro lado de la oficina de planta abierta. Eran casi las cinco en punto del viernes 16 de diciembre y la mayoría de su equipo ya se había ido de fin de semana. Sin duda algunos estarían haciendo las compras de Navidad, mientras otros se ponían manos a la obra con preparaciones para el gran día.

Él dejaba que Annie se encargara de todo eso, ya que a ella le gustaba comprar regalos y organizar cosas. Este año se lo había puesto más difícil a sí misma. Además de todo el esfuerzo que estaba invirtiendo en renovar la casa, había invitado a toda la familia de James a quedarse con ellos desde Nochebuena hasta después del 26 de diciembre.

James había soltado un suspiro de alivio cuando supo que solo iban a venir nueve de ellos, incluyendo tres niños. Eso significaba que se podían instalar en los tres dormitorios libres mientras el tío de Annie, Bill Cardwell, usaba la cama plegable del estudio.

Annie no había visto a Bill desde el funeral de su madre, durante el que tuvieron una amarga discusión sobre el hecho de que la casa en la que su hermana y él habían crecido fuera ahora propiedad de Annie. Se fue furioso del velatorio, asegurando que no era justo y exigiendo que vendiera la propiedad y le diera la mitad de los beneficios. Pero Annie se había negado porque su madre había estipulado en su testamento que ella debía quedársela para poder dejársela a sus hijos cuando, Dios mediante, llegara a tenerlos.



Annie estaba ahora determinada a volver a hablarse con su tío con la esperanza de que su retorno a Cumbria fuera un nuevo comienzo para los dos.

–Me sorprende que todavía esté aquí, jefe. No está pasando nada en absoluto.

La voz áspera del sargento Phil Stevens interrumpió los pensamientos de James. El policía con sobrepeso era el único miembro del equipo que no le había hecho sentir bienvenido. Esto por lo visto se debía a que el ascenso de Stevens había quedado suspendido como resultado de la llegada de James.

También estaba claramente celoso de los años de experiencia con la Policía Metropolitana y la Agencia Nacional contra el Crimen del nuevo detective inspector, y ponía los ojos en blanco cada vez que James mencionaba Londres.

–Estaba a punto de recoger e irme –dijo James–. ¿Y usted? Stevens se encogió de hombros.

–Estoy aquí hasta tarde y me parece bien. Vienen mis suegros de visita prenavideña y no es que me entusiasme la idea.

El móvil de James sonó con sincronización perfecta, dándole una excusa para no continuar con la conversación.

Lo cogió del escritorio, miró la pantalla para saber quién llamaba y sonrió a Stevens.

–Es mi mujer –dijo–. Será mejor que lo coja.

James respondió la llamada mientras miraba a su compañero cruzar la habitación hacia su propio escritorio.

–Hola, cariño –dijo James–. Iré para casa en breve, si llamas por eso.

–En realidad no es por eso –dijo Annie–. Se me olvidó decirte que la representación del Belén de la escuela es esta tarde y estoy aquí ayudando. Así que seguramente no estaré en casa cuando llegues.

–No hay problema. ¿Cómo te ha ido el día?

–Bien. Conseguí sacar todos los trastos de los dormitorios antes de ir a casa de Janet Dyer para comer y ponernos al día.

–¿No es una de tus amigas de la escuela?

–Eso es. Es una fuente de información enorme para mí porque sabe qué cosas me he perdido desde que me fui. De todas maneras, tiene tendencia a acabar metida en los dramas del pueblo y hay gente que piensa que es demasiado gritona y tiene demasiadas opiniones, pero me ha ayudado durante algunos momentos duros en el pasado y en el fondo es un trozo de pan.

–Suena a que es una persona interesante –dijo James.

–Lo es. De hecho, estoy pensando en invitarla a casa mañana para tomar el té. Quiero enseñarle lo que estamos haciendo en la casa y también distraerla un poco. Es madre soltera y su exmarido recogerá a sus dos hijos por la mañana para llevarlos a pasar las navidades con él y su nueva pareja en Carlisle.

–Entonces estoy deseando conocerla.

–Seguro que te caerá bien –dijo Annie–. Mientras tanto, conduce con cuidado al volver a casa. He hecho un pastel de carne para ti y está listo para meter directamente en el horno.

–Genial. Te quiero mucho, nos vemos luego.

–Y yo a ti, cariño.

Una cosa que James no echaba de menos de Londres era el tráfico. Conducir en la capital era una pesadilla y muchas calles parecían estar en un perpetuo estado de atasco.

En comparación, llegar de Kendal a Kirkby Abbey era un suspiro. Se dirigió al este por la A684, cruzó a la M6 y después al norte por la A683.

Las carreteras lo llevaron por algunos de los campos más hermosos del Reino Unido, entre el Distrito de los Lagos y el Parque Nacional de Yorkshire Dales. Por supuesto, a esta hora de la noche no podía ver mucho, con la oscuridad extendiéndose en la distancia en ambas direcciones.

Eran solo las seis pasadas cuando llegó al pueblo, uno de los más pequeños del área, con una población de poco más de setecientos habitantes.

Pasó junto a la pequeña iglesia católica y el *pub* The White Hart y giró a la izquierda al llegar a la tienda del pueblo.

Después bordeó la pequeña plaza, donde un sábado al mes se montaba el mercado de agricultores, y atravesó la zona residencial que estaba repleta de pintorescas casas de piedra.

Su casa adosada estaba a un paseo corto de la escuela primaria donde trabajaba Annie y tenía un camino de entrada y un jardín delantero adoquinado. Había otras casas adosadas a cada lado y al otro lado de la carretera estaba la entrada vallada a un campo. Desde allí se podía disfrutar de unas maravillosas vistas de los picos en la distancia.

James aparcó y vio que Annie había dejado las luces encendidas en su casa de dos plantas. Mientras salía de su Audi, le sorprendió de nuevo lo tranquilo que era el lugar. Era otro aspecto de la vida en Cumbria al que todavía no se había acostumbrado.

Se acercaba a la puerta principal cuando se dio cuenta de que habían dejado un paquete en el escalón. Era más o menos del tamaño de una caja de zapatos y estaba envuelto en papel de Navidad.

Su primer pensamiento al cogerlo fue que alguno de los vecinos lo había dejado allí. Pero, el entrar en la casa, le pareció raro que en la etiqueta que venía con él solo hubiera cuatro palabras escritas con un rotulador negro.

#### PARA EL DETECTIVE WALKER

Cruzó la cocina con el paquete y lo dejó en la mesa. La curiosidad le obligó a abrirlo antes de hacer nada más.

Rompió el envoltorio y levantó la tapa de la caja de cartón. Lo que había dentro le impactó tanto que saltó hacia atrás horrorizado y un grito ahogado se escapó de su garganta. Durante el proceso su mano golpeó el borde de la caja y la tiró al suelo.

Una oleada de repulsión le recorrió mientras miraba el objeto que había salido rodando. Era un pájaro grande y chorreando sangre que estaba claramente muerto.

James intentó tragar pero no pudo y por un largo momento se quedó ahí parado mientras sus sienes palpitaban.

Notó que el fondo de la caja estaba tapado con film transparente, posiblemente para contener la sangre.

–Por qué mierda haría alguien algo así –se dijo en voz alta.

Una vez superado el impacto inicial, respiró hondo y se arrojó en el suelo para ver si había algo más en la caja volcada. Pero no lo había. De todas maneras, cuando se levantó de nuevo, vio que había algo pegado con celo en la parte interior de la tapa. Era una postal de Navidad envuelta en plástico transparente y en la portada había una imagen del villancico *Los doce días de Navidad*.

James siempre llevaba un par de guantes de látex en el bolsillo interior de su chaqueta, así que se los puso antes de coger la postal, consciente de que también debería haberlo hecho antes de abrir la caja.

Usó las puntas de sus dedos para arrancar el celo y abrió la postal. No había ninguna felicitación de Navidad impresa dentro. En su lugar, alguien había garabateado un mensaje que hizo que el aire quedara bloqueado en el pecho de James.

*Aquí tienes un regalo de Navidad para ti, detective Walker. Es un poco pronto, lo sé, pero no podía aguantarme las ganas. Mi propia versión de Los doce días de Navidad, completada con una perdiz muerta. On the first day of Christmas, my true love sent to me a partridge in a pear tree. El primer día de Navidad, mi amor verdadero me mandó una perdiz en un peral. Doce días. Doce asesinatos. Doce víctimas. Y todas merecen lo que está por venir.*

## Capítulo 2

Annie luchaba por contener las lágrimas y sus entrañas se revolvían con emociones encontradas. Pero no estaba para nada sorprendida. Era su reacción habitual cuando veía una representación del Belén de escuela primaria.

Le encantaba ver cómo a María se le caía el niño Jesús, el narrador tropezaba con sus palabras y los ángeles se reían porque no entendían realmente lo que estaba pasando. Era todo tan conmovedor y divertido.

Pero, con la alegría, siempre había una sensación de abatimiento y arrepentimiento porque ninguno de los niños en el pequeño escenario era suyo.

El público empezó a aplaudir mientras los actores cerraban su actuación con una afectada interpretación de *Silent Night*. Annie sintió una sacudida de celos cuando los padres empezaron a animar y saludar, sus caras brillando con un orgullo obvio. «Algún día –se dijo a sí misma–, algún día estaré entre ellos, en vez de aquí, en el lateral con los otros profesores».

–¿Estás bien, Annie? Pareces a punto de llorar.

Annie se giró hacia la mujer sentada a su derecha y forzó una sonrisa.

–Solo estaba pensando en cuando interpreté a María en este mismo escenario –improvisó–. No puedo creer que fuera hace más de treinta años.

Lorna Manning le devolvió la sonrisa.

–Ojalá hubiera estado aquí. Debía de ser muy diferente, con al menos el doble de alumnos y profesores.

Como muchas otras pequeñas escuelas rurales en todo el país,

la escuela primaria de Kirkby Abbey estaba amenazada por la disminución del alumnado y los recortes en el presupuesto. Con solo veintidós niños matriculados, el consejo se planteaba cerrar la escuela, pero Lorna, directora durante los últimos diez años, estaba haciendo campaña intensiva para mantenerla abierta.

En el caso de que cerrara, los padres tendrían que llevar a sus hijos a la escuela más cercana, que estaba a unos veinticinco kilómetros de distancia. Era una de las pocas pegas de volver a vivir en Cumbria, pero, en lo que a Annie respectaba, los puntos positivos tenían mucho más peso.

Se quedó esperando mientras Lorna subió al escenario para alabar a los niños y agradecer a todos los que habían acudido a ver el espectáculo, especialmente a los habitantes del pueblo que estaban allí para ofrecer su apoyo a pesar de no ser padres. Después de eso, todo el mundo se reunió en el área de recepción mientras se recogía la sala de actos y los niños se cambiaban de ropa.

Annie había esperado implicarse con las actividades de la escuela al poco de llegar al pueblo. Pero la escasez de personal había hecho que Lorna le ofreciera algunos trabajos a tiempo parcial en cuanto ella expresó interés. Y eso encajaba perfectamente con Annie, porque significaba que podía dividir su tiempo entre turnos en la escuela y renovar la casa.

Esta era la primera vez que estaba con tanta gente desde que se mudaron. A algunos los conocía de antes de irse del pueblo y mudarse a Londres hacía trece años, a otros los había encontrado durante las visitas a su madre tras la muerte de su padre. Pero nunca había visto a buena parte de la gente que la rodeaba y estaba deseando relacionarse con ellos.

Había preparado una mesa con refrescos, vino caliente y pasteles de carne. Annie se puso al lado para presentarse a la gente que no conocía y explicarles en qué consistía el bufet. Pero la primera persona que se acercó a la mesa fue Janet Dyer, cuyos gemelos habían hecho de pastorcillos en la obra.

—Un espectáculo increíble, como siempre —dijo Janet mientras

se servía un vino—. La mezcla perfecta de caos y confusión. Me ha encantado.

Annie rio.

—Los gemelos son adorables, Janet. Debes de estar orgullosa de ellos.

Janet asintió.

—Lo estoy. Y tengo la intención de hacer todo lo posible para que no salgan al capullo de su padre.

Habían pasado tres años desde que el marido de Janet, Edward, la había dejado por otra mujer. Desde entonces Annie la había visto un par de veces y había hablado con ella por teléfono de forma habitual. Al principio a Janet le había costado asumirlo y había confesado sentirse sola. Pero con el tiempo empezó a sentirse cómoda con volver a estar soltera.

Era una mujer baja y delgada, con una cara plácida y agradable y media melena rubia. Trabajaba como cuidadora para gente mayor en Kirkby Abbey y los pueblos de los alrededores.

Annie estaba a punto de preguntarle a qué hora iría Edward a recoger a los gemelos por la mañana, pero Janet habló antes.

—Oh, mierda —dijo—. Se acercan problemas.

Estaba mirando a un hombre y una mujer que caminaban en su dirección tras salir de la sala de actos. Annie los reconoció de inmediato y sintió una punzada de aprensión.

Charlie y Sonia Jenkins llevaban el *pub* The White Hart y eran de lejos la pareja más llamativa del pueblo. Ella era delgada y tenía treinta y muchos, pero parecía mucho más joven. Su marido, que le había gustado a la propia Annie cuando iban a la escuela, era igualito que Michael Bublé. Los dos llevaban juntos desde que Sonia se quedó embarazada de su hija, Mad-die, a los diecisiete años.

Sonia llegó antes, y tenía cara de enfadada.

—Quiero preguntar una cosa —dijo, escupiendo las palabras a Janet y llenando el aire con olor a alcohol.

Charlie apareció rápidamente detrás de su mujer y puso las manos en sus hombros.

–Pensé que habíamos quedado en que no montarías una escena –dijo.

–Eso fue antes de que la viera mirándote en la sala de actos –respondió Sonia–. Se notaba lo que estaba pensando.

–¿En serio? –dijo Janet con sarcasmo–. Entonces, cuando estás borracha, ¿eres capaz de leer las mentes?

Sonia apretó la mandíbula.

–¿Cómo te atreves a decir eso? No estoy borracha.

Janet chasqueó la lengua en desaprobación.

–Pues lo pareces, Sonia.

Annie casi no podía creer lo que estaba pasando. El espíritu navideño, presente hacía solo un momento, se había esfumado mientras las dos mujeres se fulminaban con la mirada.

Charlie rodeó a su mujer con el brazo e intentó llevársela, pero ella se negó a ceder.

–No iré a ninguna parte hasta que haya escuchado lo que tiene que decir en su defensa –dijo Sonia.

Janet respondió poniendo los ojos en blanco.

–Entonces ve al grano, por el amor de Dios. ¿Qué quieres preguntarme?

Annie estuvo tentada de intervenir, pero no se atrevió por miedo a empeorar la situación. La mayor parte de la gente en la sala todavía no era consciente de lo que estaba pasando y no quería ser responsable de que eso cambiara.

Sonia levantó la barbilla, cuadró los hombros y dijo:

–Quiero saber si es verdad que has tenido una aventura con mi marido.

Janet hizo una mueca.

–No, maldita sea, no lo es. ¿De dónde has sacado esa idea?

–Se lo dijiste a uno de los ancianos que visitas en el pueblo –dijo Sonia–. Él se lo mencionó a otra persona y esta mañana me ha llegado a mí.

–Pues es mentira –insistió Janet–. No me acuesto con hombres casados. Seguro que él te ha dicho que no pasó nada.

–Hasta el agotamiento –dijo Charlie, claramente avergonzado.



Después le dijo a su mujer—: Mira, Sonia, o bien es un cotilleo malicioso o un malentendido enorme. Pero pienses lo que pienses, este no es lugar para hablarlo.

La cara de Sonia cambió al instante, como si estuviera saliendo de un trance.

Inspiró de forma entrecortada y empezó a hablar, pero le salieron solo sollozos.

—Deja que te lleve a casa —dijo Charlie y esta vez la dirigió hacia la puerta. Ella no se resistió.

Tras ver como se iban, Janet se volvió hacia Annie y confesó:

—No me puedo creer lo que acaba de pasar.

Annie sacudió la cabeza.

—Yo tampoco, ¿estás bien?

—Lo estaré cuando me calme.

Annie notó que estaba temblando y tenía la cara pálida.

—¿Hay algo de verdad en lo que decía Sonia? —preguntó.

—Por supuesto que no —respondió Janet—. Ya has oído lo que le he dicho. Creo que alguien quiere hacer daño.

Cogió otro vaso de vino y lo vació de un trago.

—Será mejor que vaya a buscar a los gemelos —dijo—. Te llamo mañana, si te parece bien.

—Me parece perfecto. Cuídate.

Annie estaba aliviada de que el altercado no se hubiera salido de madre. Pero la había dejado preocupada.

Se guardó sus sentimientos mientras se despedía con afecto de los niños y sus familias y después ayudaba a Lorna y los otros profesores a limpiar.

Eran las ocho en punto cuando se fue de la escuela en dirección a su casa. Hizo un esfuerzo por no pensar en lo que había sucedido, pero no tenía ninguna duda de que sería uno de los temas de conversación cuando Janet fuera al día siguiente a su casa.

Era una hermosa noche cumbriana, el cielo repleto de una enorme variedad de brillantes estrellas. La parka con capucha

de Annie mantenía a raya el frío mientras caminaba por las calles estrechas, segura de que no estaba a punto de ser atracada, apuñalada o confrontada por Andrew Sullivan.

Encontró consuelo en el hecho de que era muy raro que algo realmente malo sucediera en un lugar como Kirkby Abbey.

# Capítulo 3

Habían pasado casi dos horas desde que James había abierto el paquete con la perdiz muerta. El regalo repulsivo y la postal que lo acompañaba todavía hacían que su mente corriera en todas las direcciones.

No estaba seguro de cómo interpretarlo. ¿Era una amenaza real o una broma de mal gusto?

Era preocupante pensar que alguien había puesto tanto esfuerzo en ello. El remitente o bien había matado un pájaro, o había encontrado uno muerto y después lo había metido en una caja con la tarjeta para luego dejarlo en la entrada de su casa. Era extraño, imprudente, impactante y siniestro. No se podía ignorar.

James ya había informado de ello y tomado fotos de la perdiz y el mensaje escrito a mano que había enviado a su superior. Un coche patrulla llegaría en breve para recoger el paquete embolsado y llevarlo al laboratorio forense para ser analizado en busca de huellas dactilares, ADN y cualquier otro rastro que pudiera ofrecer una pista de quién era el responsable.

La casa de la izquierda estaba vacía, como era habitual, porque los dueños vivían en Manchester y solo se quedaban allí de forma ocasional. La propiedad de la derecha estaba ocupada por una pareja de jubilados, Roy y Jennifer Gray. James acababa de volver de preguntarles si habían visto algún coche aparcado fuera esa noche o a alguien llevando un paquete. Pero no pudieron decirle nada porque habían estado viendo la televisión.

Si estuvieran en Londres o en cualquier otra ciudad grande, habría muchas posibilidades de que las cámaras de videovigilancia

sirvieran para ayudar a resolver el misterio. Pero no había ninguna en Kirkby Abbey, lo cual no era inusual en pueblos tan pequeños.

Las preguntas se estaban acumulando dentro de la cabeza de James, mientras estaba sentado en la barra americana con las manos alrededor de una taza de café humeante.

¿Cuánto tiempo había estado el paquete en su entrada? ¿Lo habían dejado allí poco después de que Annie se fuera de casa para ayudar en la representación de la natividad? En ese caso, ¿era posible que ella hubiera visto a la persona que lo dejó?

Volvió a mirar su reloj y se preguntó a qué hora llegaría su mujer a casa. Seguro que la obra ya había terminado, pero supuso que todavía estaría ayudando a limpiar o que habría ido a tomar algo en uno de los *pubs* del pueblo con otros miembros del personal de la escuela.

Cogió su teléfono y abrió la foto del mensaje en la postal.

*Aquí tienes un regalo de Navidad para ti, detective Walker. Es un poco pronto, lo sé, pero no podía aguantarme las ganas. Mi propia versión de Los doce días de Navidad, completada con una perdiz muerta. On the first day of Christmas, my true love sent to me a partridge in a pear tree. El primer día de Navidad, mi amor verdadero me mandó una perdiz en un peral. Doce días. Doce asesinatos. Doce víctimas. Y todas merecen lo que está por venir.*

Su superior, el detective inspector jefe Jeff Tanner, le había preguntado a James si se le ocurría alguien que pudiera haberse embarcado en una misión cruel para arruinar sus navidades.

–Debería ser alguien con una mente jodidamente retorcida y con un serio rencor hacia ti –dijo Tanner.

Por supuesto que había una persona que encajaba con esa descripción: Andrew Sullivan.

Annie llegó a casa justo cuando el policía ponía la bolsa de basura que contenía el paquete en el maletero de su BMW de patrulla.

James vio como se acercaba y maldijo por lo bajo porque hubiera preferido no contarle lo que estaba pasado. Pero no tenía elección por dos razones. Para empezar, no se veía capaz de mentirle cuando le preguntara. Además, necesitaba saber si tenía alguna idea de quién podía haberlo hecho.

–¿Todo bien? –preguntó Annie cuando llegó junto a él, con el aliento humeante en el frío aire nocturno.

James movió la cabeza en dirección a la casa.

–Vamos dentro y te lo cuento, cariño –dijo–, hace muchísimo frío aquí fuera.

Le hizo una señal de aprobación al policía y luego Annie y él se apresuraron por el corto camino del jardín y entraron en la casa. Ya había limpiado la cocina para que ella no se encontrara las manchas de sangre en el suelo.

La ayudó a colgar el abrigo y la bufanda y fue a preparar chocolate caliente mientras ella se quitaba los zapatos.

Entonces le contó lo que había pasado mientras estaban sentados uno enfrente del otro a cada lado de la mesa de la cocina.

Le enseñó en su teléfono las fotos de la perdiz muerta y el mensaje en la postal. El color abandonó su rostro mientras lo asimilaba todo. Cuando levantó la vista, sus ojos estaban apagados por la conmoción.

–Por favor, dime que crees que no es más que una broma de pueblo –dijo.

Él respiró hondo y sacudió la cabeza.

–No puedo imaginar que sea otra cosa. Pero tenemos que estar seguros. Espero que quien lo hizo haya dejado una huella dactilar o algo que los técnicos del laboratorio puedan encontrar.

Annie lo miró fijamente, con surcos atravesando su frente.

–Dios mío –dijo–, ¿y si algún serial killer enloquecido ha elegido como objetivo a la gente de Kirkby Abbey? Y a nosotros.

–Por favor, Annie, no pierdas la calma –dijo James, inclinándose sobre la mesa para poner su mano sobre las de ella.

Pero ella se echó hacia atrás de forma brusca y le espetó:

–No estoy perdiendo la calma y tampoco soy tonta. Más o

menos has admitido que puede no ser una broma de mal gusto. Por lo tanto, ¿no deberías dar la alarma y advertir a todo el mundo de que podrían estar en peligro? ¿Y al mismo tiempo inundar el pueblo con policías?

James entendía perfectamente su punto de vista, pero sabía que el contenido del paquete por sí solo no sería suficiente para activar una investigación en toda regla. No era raro que las amenazas de muerte se enviaran por carta, paquete o correo electrónico.

–Por lo que sabemos, eso es exactamente lo que pretende el remitente –dijo–. Si solo es una broma estúpida, cuanta más gente se preocupe por ella, más exitosa la considerará. Y también hay que tener en mente que, si no es un engaño, no hay forma de saber si las víctimas a las que se refiere viven en el pueblo.

James sabía por su expresión que no estaba convencida pero había decidido no insistir en el tema. En su lugar se quedó en silencio, manteniendo su mirada mientras se mordía la comisura del labio inferior.

–Pronto llegaremos al fondo del asunto –dijo él intentando sonar tranquilizador–. Te lo prometo.

La expresión de ella cambió de golpe, como si un pensamiento hubiera colisionado con su cabeza.

–Dios mío, James –gritó–, ¿qué pasa si la ha mandado él? ¿Qué pasa si el cabrón nos ha encontrado?

# Capítulo 4

La reacción de Annie no sorprendió a James. Solo habían pasado tres meses desde que Andrew Sullivan había sido liberado de prisión y habían tirado el ladrillo a la ventana de su sala de estar.

Mudarse a Cumbria había hecho que su mujer se sintiera más segura, pero la amenaza de Sullivan todavía flotaba sobre sus cabezas como una nube oscura.

La Policía Metropolitana había procesado el traslado de James a Kendal de forma rápida y eficiente y solo un puñado de oficiales de alto rango habían sido informados de por qué lo había solicitado para reducir la posibilidad de que Sullivan se enterara de adónde había ido y lo persiguiera.

James había deseado y rezado por que el tipo siguiera con su vida y se olvidara de buscar venganza por el tiempo que había pasado entre rejas. Pero, si seguía decidido a castigar a James, entonces era probable que pudiera usar sus contactos turbios en la Policía Metropolitana para enterarse de su nueva dirección en Kirkby Abbey.

—No me digas que no se te había ocurrido que esto podría ser cosa de Sullivan —dijo Annie—, es una forma fácil de estropear nuestras navidades y meternos el miedo en el cuerpo.

—Por supuesto, lo he pensado —dijo James—, pero sería fácil sacar una conclusión equivocada debido a lo que sucedió en el pasado. Me cuesta creer que Sullivan se molestara en montar algo tan extraño y elaborado cuando no le hace falta. No es su *modus operandi*, como la nota atada al ladrillo y las amenazas de muerte que me envió antes de que lo pilláramos. No suena

creíble que se ponga a hablar de los doce días de Navidad y a decir que se va a embarcar en una serie de asesinatos solo para llamar mi atención. Y también está el paquete, que tiene un punto teatral que no se le ocurriría a un zoquete como Sullivan.

Annie empujó su silla hacia atrás y se levantó de forma abrupta.  
–Necesito algo más fuerte que chocolate caliente –dijo.

James observó como iba al frigorífico y sacaba una botella de vino. Después fue al aparador a por unas copas.

Lo destrozaba verla arrojada de nuevo a la montaña rusa emocional. Lo había pasado tan mal durante los últimos años, empezando por su incapacidad para concebir, pasando por las amenazas de Sullivan y culminando en el ladrillo a través de la ventana.

Desde que se fueron de Londres se parecía más a la de antes; chispeante, segura de sí misma y llena de vida. Físicamente, era como si se hubiera transformado. Seguía siendo tan hermosa como siempre, con esos ojos azul claro, rasgos suaves y un espeso cabello negro que caía hasta sus hombros. Pero ahora tenía un brillo especial y parecía más sana y en forma desde que había recuperado el peso que había perdido durante los meses de preocupación. Todavía era delgada y estaba en buena forma, eso sí, y ese jersey marrón con los vaqueros ajustados le sentaban de maravilla.

Lo último que quería James era que le sobreviniera otro ataque de desesperación en vísperas de Navidad.

–Por ahora asumamos que no tiene nada que ver con Sullivan –dijo James–. ¿Se te ocurre alguien del pueblo que pueda estar tan mal de la cabeza como para pensar en algo así? ¿Tal vez alguien que no se alegre de que nos hayamos mudado aquí?

Annie dejó el vino y las copas en la mesa y se sentó.

–Para nada –dijo–. Nos han dado un recibimiento cálido. Hasta donde sé, no hemos hecho ningún enemigo.

James se reclinó en la silla y lidió con la nueva tanda de preguntas dando vueltas en su cabeza.

¿Cuál sería el siguiente paso, si no se encontraban evidencias



nuevas en el paquete y su contenido? ¿Esperaría Tanner que lo investigara él haciendo preguntas discretas en el pueblo? Y, de ser así, ¿a quién se dirigiría y qué les preguntaría?

Era un asunto complicado, eso seguro, y se le encogía el estómago al pensar en cómo iban a ser los siguientes días.

Annie sirvió el vino y empujó una copa en dirección a James desde el otro lado de la mesa. Él le dio las gracias, y entonces le preguntó a qué hora había salido de casa para ir a la representación de la natividad.

—Eran sobre las cuatro y media —respondió—. Pasé por casa a comer algo y cambiarme. Para entonces ya estaba oscuro, así que dejé las luces encendidas para ti.

—Yo llegué justo pasadas las seis, así que el paquete lo dejaron en la entrada entre esas horas —dijo James—. La calle estaba vacía cuando aparqué el coche, pero supongo que alguien podría haber estado observando desde las sombras.

—Yo tampoco recuerdo haber visto a nadie fuera —dijo Annie.

—¿Y cuando fuiste a la escuela? ¿Te cruzaste con alguien andando o conduciendo en esta dirección?

Annie frunció el ceño e intentó recordar. Solo le tomó unos segundos sacudir la cabeza.

—Solo vi a otra persona —dijo—. Era Keith Patel, a quien he visto por el pueblo de vez en cuando. Nos cruzamos en la acera a este lado de la plaza. Lo saludé pero o no me oyó, o prefirió no contestar.

—¿No pensaste que era raro? ¿O al menos maleducado?

—La verdad es que no. Tiene fama de ser antisocial. Por lo visto, lleva así desde que su anciana madre murió hace un año. Janet me dijo que la mujer se cayó por las escaleras, pero tardaron semanas en encontrar el cuerpo porque nadie pasaba por la casa. Ahora Patel vive allí, pero se mantiene al margen porque piensa que su madre podría haberse salvado si sus amigos y vecinos en el pueblo se hubieran molestado en pasar a ver cómo estaba.

James se inclinó sobre la mesa.

—¿Recuerdas si llevaba una caja o una bolsa?

—No llevaba nada —dijo Annie—. Me acuerdo muy bien. Pero iba con un carrito de la compra, de los que usa la gente mayor. Él en realidad no es viejo, quizá ande por los cincuenta. Y también noté que cojeaba.

—Entonces, cuando te alejabas de la casa, ¿él caminaba hacia ella? ¿Es así?

Annie asintió.

—Pero claro, él vive colina abajo, frente a los establos. Supongo que se dirigía a su casa.

James meditó durante unos instantes y dijo:

—Solo por curiosidad, ¿no sabrás cuando murió su madre exactamente?

Annie se encogió de hombros.

—Según Janet, la gente cree que fue en la Nochebuena del año pasado. Pero no pueden estar seguros del todo porque no se encontró el cadáver hasta el día de Año Nuevo.

James sintió un retortijón en su interior mientras se preguntaba si Keith Patel debería ser su primer sospechoso.

# Capítulo 5

James pasó el resto de la noche trabajando. Le resultaba imposible concentrarse en otra cosa que no fuera el paquete.

Le hizo un montón de preguntas a Annie sobre la gente que conocía en Kirkby Abbey y estaba particularmente interesado en aquellos con los que había tenido contacto desde que se había mudado.

A James ya le habían presentado a algunas de las personas que ella mencionó, incluida Lorna Manning, la directora de la escuela.

–Estoy segura de que ninguno de ellos haría algo así –dijo Annie–. Lorna es mi amiga además de mi jefa. Tú mismo dijiste que era muy agradable. Y lo mismo el padre Silver, que ya tiene bastante en estos momentos con su enfermedad y el inminente cierre de su iglesia. Los dos están siempre atentos, estoy segura de que me lo habrían dicho si alguien en el pueblo la tuviera tomada con nosotros.

Entre los otros vecinos que James había conocido se encontraban Charlie y Sonia Jenkins, propietarios del *pub* The White Hart, y Giles Keegan, un exmiembro de la policía de Cumbria que solía trabajar en la misma oficina en la que ahora trabajaba James.

–Todos nos han dado una buena acogida –dijo Annie–, pero deberías preguntarle a Giles qué piensa. Estoy segura de que en Kirkby Abbey no pasan muchas cosas sin que él se entere.

Entre la gente que James no había conocido estaba Keith Patel y fue el nombre de Patel el que James garabateó en su libreta, junto con el dato de que Annie lo había visto caminando en

dirección a su casa con un carrito de la compra poco antes de que alguien dejara el paquete en su puerta. ¿Era solo una coincidencia? Probablemente. Pero eso no significaba que no fuera una línea verosímil de investigación, junto con la posible implicación de Andrew Sullivan.

Obviamente, Annie solo conocía a un número muy reducido de las cerca de setecientas personas que residían en Kirkby Abbey. Y mucha gente que conocía cuando vivía aquí con sus padres se había ido a vivir fuera del pueblo. La disminución de la población era una de las principales razones por las que las cosas habían cambiado y seguían haciéndolo. La única iglesia iba a cerrar de forma definitiva a principios del nuevo año a causa de la drástica caída del número de feligreses y se consideraba poco probable que la campaña para salvar la escuela primaria fuera a tener éxito.

Estas eran cuestiones que James había planteado a Annie en los últimos meses, aunque no había empañado su entusiasmo por la mudanza, y había conseguido que aceptara no vender la casa de Tottenham o alquilarla durante al menos seis meses, hasta que estuvieran seguros de qué iba a pasar en Kirkby Abbey.

También necesitaban tiempo para averiguar si la vida en la Inglaterra rural les vendría bien a ambos.

Además de hablar con Annie sobre los habitantes del pueblo, James envió un correo electrónico a uno de sus colegas en la Policía Metropolitana pidiendo un informe de la situación de Andrew Sullivan. Quería saber dónde estaba y qué había estado haciendo.

Después se conectó a internet y buscó fotos de perdices. No le llevó mucho tiempo establecer que la pobre criatura de la caja era una perdiz gris bastante común en Cumbria. Era fácil de reconocer por su cara naranja y una mancha negra en forma de herradura en el pecho.

Por supuesto, las perdices estaban inmortalizadas en el villancico *Los doce días de Navidad*, pero James se recordó a sí mismo que los verdaderos doce días de Navidad son un periodo

de la teología cristiana que marca el lapso entre el nacimiento de Cristo y la llegada de los Reyes Magos. Empiezan el día de Navidad y duran hasta el 6 de enero.

Entonces, ¿por qué la persona o personas que entregaron el paquete hacían referencia a ello en el mensaje? ¿Era parte de una broma con la intención de llamar su atención de la forma más dramática posible? ¿O era una advertencia real de que una serie de asesinatos iba a tener lugar en Kirkby Abbey durante las navidades?

Tanto James como Annie pasaron una noche inquieta, incapaces de dormir en condiciones con tantas cosas en la cabeza. No ayudó que un viento tempestuoso hiciera traquetear la ventana de su habitación de forma ruidosa durante buena parte del tiempo.

James se despertó a las siete de la mañana del sábado y vio que una capa de nieve se había asentado sobre el pueblo. Las chimeneas sobresalían a través del manto blanco de los tejados y no había pisadas ni huellas de neumáticos en la calle. Sus dos coches y los de sus vecinos eran poco más que extrañas formas blancas que parecían voluminosas y fuera de lugar en el entorno tranquilo.

Cuando encendió la televisión de la cocina, la presentadora del tiempo estaba diciendo que lo peor estaba por venir. Utilizó palabras como «ventiscas» y «alteraciones» para describir lo que se esperaba.

–Mi consejo es prepararse e intentar que la tormenta no les pille fuera –dijo.

James había estado esperando con ilusión pasar el primer día del fin de semana relajándose con Annie. El plan era ver lo que ofrecía el mercado de agricultores en la plaza del pueblo y después un almuerzo informal en The White Hart.

Pero el paquete había creado una distracción no deseada y era inevitable que ocupara sus pensamientos todo el día.

Le preparó una taza de té a Annie y se la llevó a la habitación. Ella le preguntó qué iba a hacer con el paquete y él le dijo que no estaba seguro.

–Esperaré una hora o así y llamaré al laboratorio –aclaró–. Prometieron dar prioridad a las pruebas. Después hablaré con el jefe para ver cuáles cree que deberían ser los siguientes pasos.

La hora pasó bastante rápido. A las ocho y media los dos se habían duchado, vestido y estaban desayunando cereales en la mesa de la cocina. Fuera había empezado a caer una nieve ligera, pero parecía que el viento había parado.

Al final James no tuvo que llamar al laboratorio porque uno de los técnicos se le adelantó. Pero las noticias eran decepcionantes. Las únicas huellas encontradas en la caja, el papel de regalo, el film transparente y la postal eran las suyas. Y el examen inicial indicaba que no había restos de ADN en ninguno de los objetos.

–Sobre la perdiz, puedo confirmar que era una hembra –dijo el técnico–. Y le clavaron un cuchillo en el estómago. Calculamos que la mataron en algún momento durante las últimas veinticuatro a treinta y seis horas.

Después de colgar, James llamó a Tanner a su casa para darle los resultados.

–No puedo decir que me sorprenda –dijo Tanner–. El que lo hizo se aseguró de cubrir su rastro.

James le contó que Annie había visto a uno de los habitantes del pueblo caminando en dirección a su casa alrededor de la hora en la que habían dejado el paquete en la puerta de su casa.

–Es una conexión tenue en el mejor de los casos –dijo Tanner–. Estoy seguro de que había otra gente que no vio. Pero supongo que merece la pena hablar con él. Y podrías intentar averiguar si el tipo de envoltorio o postal que se utilizó puede comprarse en el pueblo.

–Déjeme a mí, jefe –dijo James–. Mientras tanto, no descarto a Andrew Sullivan. Le he pedido a un antiguo compañero de la Policía Metropolitana que compruebe qué ha estado haciendo.

Tanner era uno de los pocos policías en la comisaría de

Cumbria que sabía lo que había pasado con el ladrillo y las amenazas de Sullivan que James había recibido en el pasado.

—En este momento mantengamos un perfil bajo —añadió Tanner—. Apuesto a que es un engaño descuidado y, si estoy en lo cierto, no quiero asignar al caso gente que sería más útil en otra parte. Han anunciado mal tiempo para la semana que viene y eso podría implicar muchísima presión sobre nuestros recursos.

James colgó el teléfono y le contó a Annie lo que había dicho Tanner. Estaba a punto de responder cuando sonó su móvil. Annie respondió y sonrió al oír la voz al otro lado. Pero fue rápidamente reemplazada por un ceño fruncido. Murmuró un par de veces a su interlocutor y después miró a James al otro lado de la mesa.

—Está conmigo ahora mismo —dijo al teléfono—. Por supuesto. Deme un momento y le digo que se ponga. —Mientras Annie le alcanzaba el aparato a su marido, dijo—: Es el padre Silver de la iglesia Saint John. Me ha llamado porque le di mi número hace unas semanas. Pero quiere hablar contigo. Dice que cree que es un asunto policial.

James cogió el móvil de Annie. No conocía al cura tanto como ella, pero lo había visto varias veces.

—Hola, padre —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Siento mucho molestarle durante el fin de semana, detective Walker —dijo el cura—. Pero estoy preocupado por un mensaje extraño que he recibido de alguien que no ha dado su nombre y ha sugerido que hable con usted.

—¿En serio? ¿Qué tipo de mensaje?

—Bueno, está escrito en una postal que representa los doce días de Navidad.

James sintió un escalofrío.

—¿Qué dice exactamente, padre? —preguntó.

El cura se aclaró la garganta y leyó el mensaje en voz alta, lo que hizo que James sintiera una repentina sensación de calor en el pecho.

—Ahora mismo voy, padre —dijo—. Y ¿puedo pedirle que por favor no se lo enseñe a nadie más?